

LAS BOTAS Y EL TERRENO: EL DEBATE ABIERTO SOBRE LAS INTERVENCIONES MILITARES

FIELD BOOTS: THE OPEN DEBATE ABOUT MILITARY INTERVENTIONS

Recibido: 16 / 06 / 2017 Aprobado: 17 / 11 / 2017



**Coronel de Artillería
Ignacio Fuentes Cobo,
Ejército de España**

El autor es Coronel de artillería y fue Jefe del Regimiento de Artillería Antiaérea Nº 74 Hawk/Patriot de Sevilla (2011-2013).

Es diplomado de Estado Mayor con Máster en Seguridad y Defensa por el Instituto Universitario “General Gutiérrez Mellado”, Diplomado de Estado Mayor. Graduado por el Colegio de Defensa de la OTAN de Roma. Especialista en electrónica y guerra electrónica. Especialista en Asuntos Civiles en la Escuela de la OTAN de Oberammergau (Alemania); entre otros. Profesor del Máster de RRII de la Universidad San Pablo CEU y de Terrorismo de la Universidad Rey Juan Carlos. Miembro de la Asociación Euro-Med del Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional de París (IHEDN). Representante español en el Comité de Dirección del Centro Euro-Magrebí de Estudios Estratégicos dentro de la Iniciativa 5 + 5. Ha participado en la confección de numerosos cuadernos de estrategia del IEEE, en donde se trató múltiples temas. Ha publicado más de 50 artículos, ponencias y trabajos en publicaciones españolas y extranjeras. Coautor del libro “el conflicto del Sahara occidental”, publicado por el Ministerio de Defensa y el Instituto Internacional de Estudios Internacionales y Europeos “Francisco de Vitoria”. Actualmente es analista principal en el Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE). ifcobo@oc.mde.es

RESUMEN

Tras décadas de conflictos desde el final de la 2ª Guerra Mundial, el debate de las “botas sobre el terreno”, sigue estando abierto sin que exista una preferencia clara por la opción de las intervenciones militares externas, o por la delegación de la responsabilidad de las operaciones en las fuerzas locales. Los escenarios actuales muestran una nueva dimensión de la guerra caracterizada por conflictos que se perpetúan en el tiempo y en los que resulta muy difícil lograr la victoria. De ahí que, en unos momentos en los que las concepciones geopolíticas más realistas parecen imponerse en extensas zonas del mundo y en los que la tecnología asociada a la globalización ha conferido a la guerra un poder destructor impensable en otras épocas, resulta más necesario que nunca solucionar acertadamente este debate, si queremos evitar que los conflictos actuales y los que surjan en el futuro se conviertan en irresolubles.

Palabras clave:

Conflictos, intervenciones, estados, debate, militar.

ABSTRACT

After decades of conflict since the end of World War II, the “field boots” debate remains open without a clear preference for the choice of external military interventions or the delegation of the responsibility for the operations to the local forces. The current scenarios show a new dimension of war characterized by conflicts that perpetuate in time and in which it is very difficult to achieve victory. Hence, at a time when the geopolitical conceptions seem to prevail in large parts of the world, and in which technology associated with globalization has given war an unthinkable destructive power, it is more necessary than ever to properly solve this debate so we can prevent current conflicts and those that emerge in the future become unsolvable.

Keywords:

Conflicts, interventions, states, debate, military.

INTRODUCCIÓN

Después de la Segunda Guerra Mundial, coexistieron dos modelos distintos de intervenciones internacionales. Por una parte, estaba el modelo de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) que se basaba en delegar las competencias en materia de seguridad internacional en el Consejo de Seguridad que era quien debía intervenir, cuando fuera necesario, en nombre de los Estados miembros. Las únicas excepciones que se admitían venían dados por el ejercicio de la legítima defensa y las medidas decididas por el Consejo de Seguridad en una acción de Seguridad colectiva. Es decir, el uso de la fuerza en el derecho internacional, o era un acto de legítima defensa, o constituía un delito o hecho merecedor de sanción por parte de la Comunidad Internacional (Díaz Barrado, 1999, pp.179-185).

Ahora bien, el principal problema de este sistema de seguridad colectiva basado en la Carta de San Francisco, era que fue diseñado para una época que ya no existía. Con el comienzo de la Guerra Fría, se impuso la competencia entre bloques antagonistas y el sistema empezó a hacer aguas rápidamente ante la incapacidad de la ONU de asegurar coercitivamente la paz y la seguridad internacionales. El fracaso de su actuación en Corea, dio lugar a la aparición de una forma de intervención con “botas sobre el terreno” que se iba a conocer como Operaciones de Mantenimiento de la Paz (OMP,s.), situadas a medio camino del Capítulo VI relativo al arreglo pacífico de las controversias y el Capítulo VII correspondiente a las acciones frente a amenazas y quebrantamientos de la paz y agresiones que no implicasen el uso de la Fuerza Armada (art.41) y cuyo objetivo era el de “rebajar la temperatura de los conflictos y amortiguar las crisis internacionales a través de la presencia pacificadora y preventiva de las Naciones Unidas sobre el terreno” (Fernández Sánchez, 1996, p.15).

Concebidas en sus orígenes como una medida de desarrollo o aplicación de la llamada “Diplomacia Preventiva de los conflictos” al amparo del art.1 de la Carta (Kofi A. Annan, 1998, p.11), las intervenciones militares de las ONU buscaban evitar la intromisión competitiva de las Grandes Potencias en las zonas de conflictos locales, ejerciendo un papel de interposición entre las partes en conflicto. Esto significaba que solo se admitiese el establecimiento de una OMP en aquellas regiones del planeta donde las Grandes Potencias no se encontrasen enfrentadas, o sus intereses directamente amenazados. Este modelo de intervención, basado en observadores militares desarmados, o en misiones militares de interposición, se vino repitiendo durante la época de la Guerra Fría en numerosos lugares del mundo y fue útil, al menos, para amortiguar los conflictos y congelar las situaciones, en tanto se avanzaba hacia soluciones pacíficas (Fernández Sánchez, 1998. Vol I, p.273).

Sin embargo, en aquellos lugares donde las Grandes Potencias, representadas por los Estados Unidos y la Unión Soviética, competían por imponer sus intereses, la lógica de la guerra se regía por el diseño un modelo de seguridad distinto al de la ONU, en el que se buscaba imponerse al adversario pero sin llegar a la confrontación directa. La estrategia de la disuasión, basada en la capacidad de represalia nuclear mutua, se tradujo en un equilibrio estable en la seguridad de que ninguno de los adversarios podía obtener una ventaja decisiva sobre el otro (Mearsheimer, 2001, pp. 138-168).

En este contexto, en el que el peligro de una guerra global parecía conjurado, las preferencias estratégicas de las grandes potencias se orientaron a maximizar su poder y su influencia por todo el mundo. Eso se veía favorecido por la aparición de una fuerte corriente descolonizadora en aquellos territorios sometidos a tutela colonial por parte de las viejas potencias europeas, principalmente Francia y el Reino Unido. De esta manera, si bien la mayor parte de estos territorios se convirtieron pacíficamente en estados independientes aprovechando los mecanismos de la ONU, casi todos quedaron sujetos, en mayor o menor medida, a la tutela coactiva de norteamericanos y soviéticos. En aquellos espacios geográficos donde su interés no estaba en juego, estas Grandes Potencias prefirieron utilizar a los nuevos estados surgidos del proceso de descolonización para aumentar su esfera de influencia, dando lugar a los que vino a denominarse como guerras por delegación, Proxy Wars. Se trataba de que los actores locales compitiesen por sus intereses locales o regionales pero que también lo hicieran, al mismo tiempo, en nombre de las grandes potencias, como ocurrió, por ejemplo, con la guerra de Ogadén entre Etiopía y Somalia en 1977.

Sin embargo, en aquellos lugares donde entendían que se ponía en juego sus grandes intereses estratégicos, las Grandes Potencias optaron por intervenir directamente buscando mantener bajo su control, incluso por la fuerza, a aquellos estados que consideraban pertenecientes a su esfera de influencia. Así ocurrió, por ejemplo, con Hungría en 1956, o con Checoslovaquia en 1968 invadidas por tropas del Pacto de Varsovia, pero también con la República Dominicana en 1965, la isla de Granada en 1983, o Panamá en 1989 invadidas por los Estados Unidos. En algunas ocasiones, las grandes potencias incurrieron en errores de cálculo estratégico y se vieron obligadas a intervenir directamente con resultados catastróficos. Es lo que ocurrió con la intervención norteamericana en Vietnam que finalizó con su derrota final en 1975, o con la soviética en Afganistán concluida con su retirada de 1988 y la eventual caída del gobierno del presidente Nayibulá cuatro años más tarde (Kalinovsky, 2011, p. 96).

LA RMA Y SU IMPACTO EN LAS INTERVENCIONES MILITARES DE LA POSGUERRA FRÍA

La situación de equilibrio estratégico y de guerras por delegación se rompió en los años ochenta con la que se denominó “Revolución en los Asuntos Militares” (RMA), una nueva estrategia de compensación lanzada por los Estados Unidos en la cual se confiaba en la tecnología para contrarrestar la superioridad convencional y nuclear que, en esa época, había adquirido la Unión Soviética. Fruto de esa concepción tecnológica de la guerra son los desarrollos armamentísticos que configuraron los conflictos de los años noventa y de la primera década de este siglo, como los misiles guiados por láser, los sistemas de mando y control informatizados, los drones, o los aviones invisibles, entre otras capacidades militares.

La principal consecuencia de la carrera armamentística basada en la tecnología fue que otorgó a los Estados Unidos ventaja sobre una Unión Soviética que no pudo seguir el ritmo acelerado impuesto por los norteamericanos. El resultado fue que se rompió el equilibrio estratégico, lo que supuso la eventual desaparición de la Unión Soviética y la emergencia de un mundo unipolar dominado por lo que el ministro de asuntos exteriores francés de la época, Hubert Vedrine, denominó la “hiperpotencia norteamericana”. La desaparición del viejo orden de seguridad basado en el mecanismo del equilibrio bipolar y la inexistencia de una nación o conjunto de naciones que pudieran desafiar el poderío norteamericano, convirtió a los Estados Unidos de facto en un “gendarme global” capaz de conformar unilateralmente el orden internacional.

En este nuevo contexto en el que nadie discutía la preeminencia norteamericana, se buscó recuperar el viejo con-

cepto de seguridad internacional conforme a los principios establecidos en la carta de San Francisco. La desaparición del antagonismo entre bloques permitió poner en marcha lo que algunos autores, acaso con excesivo optimismo, denominaron el “periodo de activación global del sistema de seguridad colectiva” (Fernández Sánchez, 1996, p. 38). De esta manera, los conflictos regionales debían ser resueltos, en lo sucesivo, en el marco de las Naciones Unidas, una organización que debía recuperar el protagonismo en las intervenciones militares con “botas sobre el terreno”.

Sin embargo este nuevo diseño del orden internacional no resultó tan sencillo, ni eficaz, como parecía. La realidad es que la primera oportunidad que el sistema tuvo ocasión de ponerse a prueba, la Guerra del Golfo de 1991, no respondió a las expectativas puestas. El procedimiento utilizado por la Resolución 678 (1990) del Consejo de Seguridad, consistente en autorizar a un grupo de Estados coaligados a utilizar, si ello fuera preciso, la fuerza, poco tenía que ver con la aplicación del Capítulo VII de la Carta, salvo en lo que respecta a la autorización dada por el Consejo de Seguridad para hacer uso del derecho de legítima defensa colectiva al amparo del art. 51 de la Carta.

El principal problema que presentaba este modelo era la limitada capacidad ejecutiva de las Naciones Unidas para intervenir eficazmente en aquellos lugares donde las partes en conflicto no estaban dispuestas a permitirlo. UNPROFOR en Bosnia Herzegovina, u ONUSOM I y II en Somalia pusieron de manifiesto las limitaciones un sistema de intervención que carecía de suficiente capacidad impositiva. Ello obligó a introducir una “nueva técnica”

de intervención consistente en “descargar” en grupos de Estados la aplicación de medidas coercitivas, en aquellas circunstancias y en aquellos escenarios en los que existiesen organizaciones de seguridad con suficiente capacidad y voluntad para hacerlo. Únicamente se exigía que las intervenciones se hiciesen, al menos nominalmente, en el marco de la Carta de las Naciones Unidas. Por otra parte, las intervenciones se hacían mucho más fáciles cuando se introducía el componente humanitario un concepto que, bajo la denominación de “injerencia humanitaria” (Bettati y Kouchnmer, 1987, p. 330) reclamaba la obligación de la comunidad internacional de intervenir, aunque ello supiera quebrantar el principio de soberanía, en aquellos estados en los que sus gobiernos estuvieran cometiendo atrocidades contra sus poblaciones (Bermejo García, 1993, p. 391).

Aunque años después esta modalidad de intervención será la preferida para conflictos africanos como AMIS II en Darfur o AMISOM en Somalia en la que la responsabilidad se hará recaer en la Unión Africana, fue Europa, donde existían organizaciones de seguridad y defensa como la Alianza Atlántica y, en menor medida, una Unión Europea que empezaba con el tratado de Maastricht de 2002 a desarrollar su pilar de seguridad, el escenario escogido para aplicar esta nueva forma de intervenciones militares basadas en alianzas regionales.

La RMA, convertida en la doctrina militar imperante en la época, favorecía la aplicación de este tipo de intervenciones, ya que las mejoras tecnológicas en los campos del reconocimiento y exploración, las comunicaciones y las armas dirigidas proporcionaba un mayor conocimiento sobre el enemigo y una mejor capacidad de ataque y maniobra, de manera que una fuerza pequeña que actua-

se bajo estos principios podía derrotar decisivamente a una fuerza superior pero menos moderna. Estos conceptos doctrinales basados en la tecnología se probaron con enorme éxito en la operación “Tormenta del Desierto” en 1991, en la que una coalición militar dirigida por los Estados Unidos desalojó al ejército iraquí de Kuwait. También bajo esta concepción intervino la OTAN en Bosnia en 1995, o en Kosovo en 1998, considerada una intervención “humanitaria” en la que ni siquiera hizo falta desplegar inicialmente “botas sobre el terreno”, dada la poca disposición del ejército serbio de ofrecer resistencia a unas fuerzas de la OTAN que le superaban abrumadoramente en capacidades de combate modernas.

La lección que se sacó fue la de que, en las guerras del futuro, bastaría emplear muy pocas “botas sobre el terreno”, siempre que estás estuvieran dotadas de un componente tecnológico superior al de los adversarios potenciales. Incluso, los defensores más radicales de la RMA defendieron la idea de que los conflictos futuros podían resolverse con el simple ejercicio del poder aéreo. El resultado fue que los Estados, principalmente en Occidente, llegaron a la conclusión de que podían reducir el tamaño de sus ejércitos siempre que estos mantuviesen una elevada capacidad de proyección y un acentuado carácter tecnológico. De esta manera, la mayor parte de los ejércitos perdieron flexibilidad estratégica dado que la disminución en tamaño limitó su capacidad de llevar a cabo autónomamente operaciones militares complejas. No obstante, en contextos como la OTAN, esta debilidad no tenía excesiva importancia dado que las carencias en capacidades militares podían ser compensadas por las aportadas por sus socios atlánticos y, en última instancia, por los Estados Unidos.

Por otra parte, la experiencia de las guerras de los Balcanes de los años noventa y la dificultad de tomar decisiones militares en el seno de organizaciones como la OTAN sometida a lo que el General Westley Clark, Comandante Supremo Aliado en Europa llamó “la guerra por comité”, la regla del consenso que obligaba a tomar las decisiones por unanimidad, llevó a los norteamericanos a la conclusión de que las siguientes guerras las conducirían solos o con aliados que actuaran de manera análoga a como lo hacían ellos, y mejor mediante “Coalitions of the willing” que mediante las burocratizadas estructuras de mando y control de las organizaciones militares internacionales.

LAS INTERVENCIONES MILITARES EN LA ERA DE LAS “NUEVAS GUERRAS”

Pero el fin de la Guerra Fría también supuso la aparición de nuevos actores no estatales con capacidad de generar conflictos internos o internacionales, en un proceso que vino a denominarse como las “nuevas guerras” (Münkler, 2004, pp. 5-32). Aunque no exclusivamente, los principales entre estos nuevos actores, fueron los grupos terroristas de carácter yihadista que alcanzaron su madurez operativa tras la guerra de Afganistán de 1980-88 contra los soviéticos. Movimientos como Al Qaeda o, más modernamente el Daesh, corresponden a una concepción de la guerra que, sin ser precisamente original, está basado en una estrategia del “débil frente al fuerte” en la que se aprovechan las potencialidades y debilidades del modelo de hacer la guerra occidental para imponerse a un adversario militarmente más fuerte. Esta forma de estrategia denominada “asimétrica”, se puso de manifiesto con toda violencia, pero también con un gran éxito operativo, en los atentados del 11 de septiembre de 2001, cuando se

emplearon aviones norteamericanos con ciudadanos estadounidenses a bordo, para golpear objetivos en el interior de los Estados Unidos, en lo que puede considerarse el paradigma de la asimetría.

La reacción a estos ataques fue lo que se denominó “la guerra contra el terror” (GWOT) que quedó recogida en la Estrategia de Seguridad Norteamericana de septiembre de 2001, en la que el terrorismo pasó a ser considerado la principal amenaza de seguridad para los Estados Unidos, que manifestaron su intención de actuar “preventivamente” solos, o por medio de “Coalitions of the Willing”, en cualquier parte del mundo en la que estimasen se escondían los terroristas. La intervención en Afganistán en el 2001, es producto de esta concepción unilateral de la guerra, desde el momento en que los norteamericanos rechazaron las capacidades militares de sus aliados europeos de la OTAN, ofrecidas colectivamente tras invocar el artículo V del Tratado de Washington inmediatamente después de los ataques del 11-S (Hallams, 2010, pp. 67-85). Igualmente hicieron en Iraq, cuando atacaron acompañados únicamente de un puñado de aliados militarmente capaces y dispuestos a someterse a sus férreas estructuras de mando y control. En esos años, los norteamericanos entendían que la eficacia militar –la victoria– era directamente proporcional a la cohesión de las fuerzas militares, por lo que sus Fuerzas Armadas se encontraban más cómodas operando por medio de coaliciones ad-hoc, que a través de las complicadas estructuras de mando y control de alianzas como la OTAN.

La Resolución 1368 (2001) del Consejo de Seguridad de la ONU, que instaba a todos los Estados a que “colaboren con urgencia para someter a la acción de la justicia a los autores, organizadores y patrocinadores de los ataques

terroristas que tuvieron lugar en Estados Unidos”, proporcionó la necesaria legitimidad a la intervención norteamericana en Afganistán, un escenario que había sido cuidadosamente escogido por los dirigentes de Al Qaeda para desafiar a la superpotencia norteamericana en el entendimiento de que, al igual que había pasado con los soviéticos en los años ochenta, se la podía vencer. Es al amparo de esta resolución, como los Estados Unidos lanzaron la operación “Libertad Duradera” (LD) cuya finalidad era la de derrocar al régimen talibán acusado de apoyar y sostener las actividades de la organización terrorista Al-Qaeda y eliminar los elementos de esta organización que se escondían en el país. Utilizando el modelo tecnológico de la RMA, que favorecía el despliegue de muy pocas “botas sobre el terreno” complementadas con el apoyo de los clanes locales del norte del país, la coalición aliada llevó a cabo una rápida campaña militar que culminó con la caída del régimen del Mulá Omar y el establecimiento de un gobierno provisional en Kabul a finales de 2001.

Ahora bien, si en el nivel táctico, los éxitos parecen evidentes, en los niveles operacional y estratégico, el juicio puede ser mucho más severo. En Afganistán se llevó a cabo una operación militar “minimalista” fruto de la RMA, que terminó exigiendo un esfuerzo “a gran escala” de estabilización. La solución aplicada se basó en el despliegue de un número limitado de efectivos militares, principalmente de operaciones especiales, compensado por un uso abrumador de tecnología militar ejercida fundamentalmente desde el aire, mientras que las “botas sobre el terreno” fueron proporcionadas por una coalición de milicias locales agrupadas bajo el nombre de Alianza del Norte. Ahora bien, si esta concepción tecnológica de hacer la guerra pensada para la Guerra Fría era muy efectiva frente a ejércitos convencionales, como se había puesto de manifiesto durante

la 1ª Guerra del Golfo de 1991, resultaba insuficiente para las nuevas modalidades asimétricas que caracterizaban a los conflictos de comienzos del siglo XXI.

En Afganistán, la falta inicial de un número suficiente de soldados arruinó las posibilidades de una victoria definitiva sobre el régimen de los talibanes e impidió la captura de los principales líderes rebeldes, incluido Bin Laden. Las consecuencias fueron que si en el 2002, apenas 4.000 soldados norteamericanos estaban buscando a Bin Laden en las montañas de Tora Bora, unos años después, en el 2014, cuando se repatriaron la casi totalidad de las fuerzas internacionales, el teatro de operaciones afgano demandaba más de 130.000 soldados repartidos dos operaciones, ISAF y “Libertad Duradera”, sin que eso se tradujera en una mejora significativa de la situación de seguridad y sin que se reconstruyera el país. Como gráficamente expresara el embajador afgano en Washington, Said Jawad “Fue una reconstrucción en plan barato, como una operación de parcheo. Se limitó a arreglar las cosas rotas sin un plan teamiento estratégico”.

En problema de fondo venía dado, más que por la doctrina militar aplicada, por la influencia del pensamiento estratégico dominante, fuertemente ideológico, el cual se basaba en la idea de que las naciones —y fundamentalmente los Estados Unidos— tenían la obligación de intervenir, aunque fuera unilateralmente, en las conflictivas sociedades musulmanas, para evitar que pudieran repetirse ataques como los del 11 de septiembre de 2001. Para ello debían emplear su poder militar como catalizador de transformación en un gigantesco proceso de reingeniería social, (Aznar, Baca y Lázaro (ed.), 2014, pág. 151). Como gráficamente expresara Robert Kagan “para quien tiene un buen martillo, todos los problemas empiezan a parecerse a cla-

vos”. Ahora bien, la visión ideológica de la guerra se tradujo en unos niveles de ambición excesivos, de manera que las que habían sido concebidas inicialmente como campañas militares limitadas, terminaron por convertirse en guerras interminables cuyos objetivos finales se mostraron inalcanzables. El elevado nivel de sacrificios que exigían, que incluía la necesidad de permanecer con “botas sobre el terreno” durante mucho tiempo, era algo que ni los norteamericanos, ni sus aliados, estaban dispuestos a asumir.

De esta manera, se cayó en la trampa de lo que algunos autores denominan “el pensamiento mágico”, entendido como aquella forma de razonamiento causal que asume que existe una correlación inevitable entre ciertas decisiones o actos que tomamos y los resultados que pretendemos. El ejemplo más claro sería el de la danza de la lluvia en el que se puede llegar a creer que existe una relación directa entre la ejecución de determinadas danzas y la producción de lluvia. Esto puede que sea cierto en el terreno de las creencias, pero en estrategia militar no funciona así. Un caso paradigmático del pensamiento mágico en el nivel operacional fue la construcción de carreteras en Afganistán. La idea mágica asumida desde los tiempos de los romanos, es la de que las carreteras son una herramienta para proyectar el poder militar expandir la acción de Gobierno y el imperio de la ley y facilitar el desarrollo económico. Es decir se las contempla como una solución óptima para resolver problemas de seguridad especialmente en las zonas rurales. Pero las carreteras son solo carreteras y también pueden ser utilizadas por la insurgencia para sitiar pueblos, capturar distritos completos, atacar civiles y ejecutar complejas emboscadas contra las fuerzas internacionales. El resultado es que, en Afganistán, la construcción de carreteras pavimentadas aumentó la inseguridad al facilitar el movimiento y la actividad de la insurgencia.

Al final, los norteamericanos llegaron a la conclusión de que, como indica Joseph Nie “no podían hacerlo todo solos” y que necesitaban de la cooperación de sus aliados europeos. No obstante el desfase tecnológico entre los socios de ambos lados del Atlántico y el distanciando en sus perspectivas estratégicas, en lo que Robert Kagan definió como la creciente incompatibilidad en la visión sobre los problemas y desafíos de la seguridad internacional, terminó por prevalecer la idea de que los Estados Unidos seguían necesitando de los socios de la OTAN para jugar un papel complementario en los escenarios de conflicto, aunque solo fuera por la legitimidad internacional que proporcionaba contar con unos aliados dispuestos a poner “botas sobre el terreno” y asumir parte de la costosa carga de la reconstrucción.

De esta manera, a partir del 2003, los norteamericanos modificaron su planteamiento estratégico en Afganistán, aprobando el despliegue de la ISAF, una fuerza mayoritariamente europea, si bien se la dio una misión que parecía militarmente sencilla y que estaba relacionada con los aspectos políticos de la reconstrucción y el apoyo a las autoridades nacionales y no con la lucha antiterrorista, un terreno más militar que seguía estando reservado a unos pocos aliados. A partir de 2006, a medida que los Estados Unidos iban reduciendo sus fuerzas en Afganistán para reforzar Iraq, la ISAF fue asumiendo mayor responsabilidad en las tareas de estabilización por todo el país.

Sin embargo, al igual que había ocurrido en Afganistán, la falta de suficientes fuerzas de la OTAN y la incapacidad de las fuerzas militares y de seguridad afganas para hacerse cargo de su propio país, impidió la consolidación de los esfuerzos de reconstrucción y pacificación del país, de manera que la insurgencia adquirió cada vez mayor fuer-

za. Al final, fue imposible “desengancharse” del país hasta el punto de que el objetivo de repatriar todas las fuerzas internacionales de Afganistán en el año 2014 tuvo que ser replanteado, resignándose a dejar, a partir de esta fecha, una fuerza multinacional residual, “Resolute Support” en apoyo a las autoridades afganas, complementada con otra propiamente norteamericana en labores puramente anti-terroristas.

EL MODELO DE INTERVENCIÓN NORTEAMERICANO EN IRAQ

En Iraq, los errores en cuanto a los planteamientos estratégicos fueron incluso superiores. Resulta indudable que la estrategia inicial de “shock and awe” basada en la mayor sorpresa y capacidad de maniobra frutos de la superioridad tecnológica que proporcionaba la RMA, permitió reducir el número de “botas sobre el terreno” necesarias desde los 400.000 soldados inicialmente previstos hasta los 170.000 con que se lanzó el ataque en febrero del 2003. De esta manera, se logró una victoria militar completa sobre las fuerzas militares convencionales iraquíes, pero ello no supuso en absoluto que la “misión estuviera cumplida”. El auge creciente de la insurgencia, a pesar de la elevada presencia de tropas norteamericanas en Iraq, llevó en el 2006 a los generales John Abizaid, Jefe del Mando Central norteamericano y al General George Casey, Comandante en Jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en Iraq, a la conclusión de que la presencia militar norteamericana sobre el terreno, producía más resistencia de la que era capaz de neutralizar, por lo que transferir tan rápidamente como ello fuera posible las operaciones de combate a las unidades iraquíes, resultaba la única estrategia de salida realista en Iraq.

Con su “nuevo camino hacia adelante”, la presidencia norteamericana reconoció en 2007 que “América debía cambiar su estrategia para ayudar a los iraquíes a desarrollar su campaña de acabar con la violencia sectaria y devolver la seguridad a la población de Bagdad”. No obstante, en vez de proceder a una reducción progresiva de sus tropas, optaron por desplegar 20.000 soldados adicionales, la conocida como “Surge”, a partir del mes de febrero de 2007, en un cambio conceptual de la estrategia contrainsurgente de los Estados Unidos. La llamada doctrina COIN diseñada por el nuevo Comandante norteamericano en Iraq, el general Petraeusy desarrollada en durante su estancia en el Centro de Armas Combinadas de Fort Leavenworth, recuperaba la idea clásica de emplear las tácticas convencionales de lucha contraguerrilla, como la última oportunidad de ganar el tiempo necesario para que los actores locales pudiesen alcanzar acuerdos duraderos, más allá de sus diferencias políticas.

El resultado de este plan se tradujo en una disminución notable de la violencia sectaria, en la que resultó un factor clave el logro político que supuso persuadir a varios de los principales jeques de las tribus suníes de la provincia de Anbar al oeste de Bagdad, para que unieran sus fuerzas con las de la coalición. De esta manera, el mantenimiento del orden en las zonas que las fuerzas norteamericanas iban progresivamente recuperando pasó a ser responsabilidad de las fuerzas locales tan pronto como ello era posible. El éxito militar de lo que se conoció como “el despertar de Anbar” en las zonas sunitas se tradujo en una erradicación casi completa de la insurgencia terrorista de Al Qaeda, proporcionando el espacio estratégico suficiente para permitir la repatriación sin victoria, de las fuerzas norteamericanas, lo que tuvo lugar en diciembre de 2011.

Puede decirse que, tanto en Afganistán como en Iraq, los Estados Unidos y sus aliados internacionales estuvieron muy cerca de la “derrota estratégica” debido a sus errores en cuanto a liderazgo político y militar, estrategias defectuosas, conceptos operativos mal diseñados y carencias tácticas y de equipamiento. Éstas limitaciones, junto con la incapacidad de adaptarse a los cambios imprevistos de las circunstancias y la escasa disposición de los norteamericanos y sus aliados de proporcionar la suficientes “botas sobre el terreno” para garantizar el éxito de las operaciones militares de estabilización, proporcionó unas ventajas a la insurgencia que no habían sido previstas inicialmente y que fueron convenientemente explotadas por la misma. En ambas guerras, se cayó en el error de un nivel de ambición excesivo, necesitándose varios años para que los norteamericanos reconocieran que los medios y modos empleados, elementos básicos para una estrategia exitosa, había sido claramente insuficientes para alcanzar los ambiciosos objetivos que, en ambos escenarios, se perseguían.

La experiencia de Afganistán e Iraq llevó a la conclusión de que, en el futuro, sería preferible evitar las intervenciones militares directas con “botas sobre el terreno” y optar por las intervenciones por delegación en las que la responsabilidad principal de las operaciones recayera sobre las fuerzas locales. Solo en aquellos casos en los que estuvieran en juego los intereses vitales se estaría dispuesto a aceptar un elevado nivel de compromiso y de sacrificio, incluyendo la necesidad de permanecer durante mucho tiempo y de asumir la costosa carga de la reconstrucción. Como recoge la Estrategia de Seguridad Nacional norteamericana de 2015, el umbral para la acción militar sería “más alto” y la decisión de empleo de la fuerza “más selectiva” cuando no estuviera en juego el interés nacional. En estos casos, resultaba preferible, y desde luego mucho más realista, limitar

el nivel de ambición y definir objetivos asumibles delegando la carga de las operaciones militares en actores locales.

LAS INTERVENCIONES MILITARES EN LA ERA DE LAS “PRIMAVERAS ÁRABES”

Las guerras de los primeros años del siglo XXI llevaron a la conclusión de que las intervenciones militares en las “zonas grises” del mundo debían hacerse siguiendo un modelo de intervención más restrictivo, especialmente en el conflictivo arco de inestabilidad islámico. En esta región, considerada como el “espacio gris” de los conflictos que se derivan de las contradicciones y tensiones geopolíticas existentes en el mundo musulmán y de la lucha contra el terrorismo, se actuaría de una manera mucho más contenida, sobre la base de “caso por caso” y preferiblemente sin “botas sobre el terreno”.

Esta estrategia “sin botas sobre el terreno”, ofrecía importantes ventajas militares y políticas. La primera era que hacía recaer el peso de la lucha fundamentalmente sobre los propios combatientes locales, por lo que resultaba mucho menos costosa en términos de bajas propias y, por tanto, mucho más fácil de ser aceptada por las opiniones públicas, muy sensibles al sacrificio de sus soldados. Además, al no tener que situar fuerzas propias sobre el terreno, resultaba mucho más sencillo diseñar una estrategia operacional de salida rápida y efectiva, que evitase el estancamiento en el que normalmente desembocaban las intervenciones. El ejemplo libio demostró que era posible concluir en apenas unas semanas una operación militar limitada, sin que la población local favorable a la intervención se resintiera por la presencia de tropas extranjeras dentro de sus fronteras. En Libia se recuperó la idea de que una estrategia

basada la combinación del poder aéreo, drones, algunas fuerzas especiales y sobre todo el empleo de fuerzas nativas podía proporcionar la victoria militar siempre que esta se plantease en términos limitados.

Ahora bien, evitar desplegar tropas presentó el inconveniente, ya experimentado en Afganistán, de una falta de control de la situación sobre el terreno una vez las operaciones militares principales hubieran acabado. Por otra parte, desde el punto de vista de la viabilidad operativa, podía ser una estrategia militar útil en teatros de fácil acceso físico donde los aliados locales estuvieran claramente identificados y, sobre todo, donde se pudiera desplegar, bien en el mar, bien en bases locales situadas en países vecinos, o bien en territorios “liberados” dentro del mismo país, medios de apoyo a las fuerzas locales que permitieran diseñar líneas de acción exitosas. Pero en los teatros interiores como Afganistán, o Sahel esta estrategia resultaba mucho menos efectiva dado que cuanto mayor fuera la distancia a la que hubiera que operar, más se degradaba la efectividad de la respuesta.

A pesar de que el Secretario General de la OTAN, el danés Rasmussen, afirmase que constituía “un ejemplo para intervenciones militares futuras”, en Libia se cayó en el mismo error de Afganistán. La falta de control sobre el terreno y la inexistencia de estructuras políticas locales, más allá de las tribus o de las milicias, sumió al país en una situación progresiva de caos, lo que impidió la pacificación del país. La falta de éxito en Libia, se vio repetido en el escenario de Siria donde las potencias occidentales, principalmente los Estados Unidos, optaron por no intervenir y escoger como aliados sobre el terreno a una coalición de fuerzas locales agrupadas en el “Ejército Libre de Siria”, que presentaban con intereses muy diversos y que se

mostró incapaz de enfrentarse con éxito al ejército regular sirio. De esta manera, estas “botas sobre el terreno” locales insuficientemente apoyadas y escasamente operativas terminaron siendo neutralizadas, y en parte absorbida, por las mejor organizadas y mucho más eficientes, estructuras terroristas de Al Nusra y Daesh.

Sin embargo, las llamadas “primaveras árabes”, especialmente violentas en Siria, Libia y el Sahel, hicieron que las estrategias operativas de intervención que se habían aplicado en Afganistán e Iraq y que se consideraban fracasadas, pasasen a ser consideradas estrategias de éxito, siempre que redujese el nivel de ambición.

EL “NUEVO ENFOQUE” DE LAS INTERVENCIONES MILITARES

El fracaso del modelo de intervención sin “botas sobre el terreno” en Libia y Siria hizo que el debate sobre las intervenciones continuase abierto, sin que la opción de descargar la responsabilidad de las operaciones militares sobre estructuras locales apoyadas por fuerzas internacionales, principalmente desde el aire, se contemplara como la solución definitiva.

No obstante, dos acontecimientos recientes han ayudado a revitalizar este debate y a darle un nuevo enfoque. Por una parte, estaría la intervención rusa con “botas sobre el terreno” en Siria a partir de septiembre 2015, un hecho que cogió por sorpresa a la comunidad internacional y que alteró sustancialmente el balance de la guerra al mejorar la situación para el régimen de Bashar al Assad, posibilitando un significativo retroceso del Estado Islámico. Aunque el grueso de las operaciones militares en términos cuantitativos siguió recayendo en el Ejército Árabe Sirio del pre-

sidente Assad apoyado por los milicianos de Hezbolá, los pasdaranes iraníes y los voluntarios Hazara de Afganistán, la realidad es que los rusos proporcionaron los elementos fundamentales de planeamiento, mando y control, apoyo aéreo y logística, lo que permitió revertir la situación de una guerra que, en esas fechas, parecía perdida para la causa del presidente sirio. Los rusos demostraron que, en los conflictos, no hay solución política ni diplomática alguna sin fuerza militar y que se pueden desplegar “botas sobre el terreno”, aunque sea en números limitados, sin que ello suponga “estancarse” indefinidamente en un escenario sin solución.

El cambio en la ecuación estratégica Siria fue tan profundo y evidente que los rusos se permitieron en el año 2016 promover como mediadores internacionales, junto con Irán y Turquía, las negociaciones entre el Gobierno sirio y la oposición armada en Astana, la capital de Kazajistán, sin contar por vez primera desde el final de la segunda guerra mundial con la presencia de las potencias occidentales. En cierto modo, la intervención rusa en Siria venía a demostrar, una vez más, la validez del viejo axioma estratégico que indica que cuando una gran potencia deja un espacio vacío, viene otra y lo ocupa.

Esta lección parece haber sido aprendido por los estadounidenses, que han venido modificando recientemente su doctrina militar contraria a las intervenciones militares con “botas en el terreno”, incluso en el caso de que se definan “líneas rojas” y estas sean rebasadas, como ocurrió con las armas químicas empleadas en Siria en agosto de 2012. La creciente intervención norteamericana en el escenario sirio y su apuesta por las fuerzas Kurdas del YPG para compensar la ventaja rusa, indica un retorno a la preferencia por las fuerzas delegadas locales, pero suficientemente

apoyadas para convertirse en militarmente decisivas. Otro tanto ocurriría en Iraq donde el peso de las operaciones militares en las operaciones para tomar Faluya y Mosul ha recaído en el ejército regular iraquí formado y apoyado principalmente por los norteamericanos.

El segundo hecho que ha contribuido a modificar en la misma dirección la percepción sobre el empleo de las “botas sobre el terreno” ha sido la intervención francesa en Malí en enero de 2013. La dificultad de conseguir aliados locales y la premura de tiempo ante el riesgo de que las fuerzas yihadistas de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) terminasen por conquistar la capital Bamako, hizo que las autoridades francesas decidieron actuar “in extremis”, desplegando 4000 soldados en la denominada operación Serval. La recuperación de las ciudades que habían ocupado los islamistas en los meses anteriores y su expulsión hacia el norte, con importantes pérdidas en sus filas, supuso un importante éxito operativo francés en una intervención unilateral que demostraba, una vez más, la eficacia de las intervenciones militares con “botas sobre el terreno” para revertir temporalmente situaciones militares que parecen perdidas.

Consciente de la necesidad de perseverar en el impulso operativo, Francia sustituyó la operación Serval por la más ambiciosa operación antiterrorista Berkane en agosto de 2014, extendiéndola a toda la zona del Sahel y no solamente a Malí. Se trataba de desplegar una fuerza militar de 3500 efectivos cuya finalidad sería la búsqueda, captura y destrucción de los elementos terroristas y que operan en esta extensa área, de manera que las fuerzas francesas pudiesen atacar objetivos prácticamente sin restricciones.

Ahora bien, aunque la intervención francesa en Mali pueda entenderse como un éxito operativo en el corto plazo,

esto no quiere decir que también sea un éxito estratégico en el largo plazo. Si los éxitos tácticos no van acompañados de un compromiso claro con la estabilización del país, que incluya la posibilidad de permanecer con “botas sobre el terreno” durante mucho tiempo, cualquier estrategia de éxito a largo plazo que se diseñe será poco creíble y estará posiblemente condenada al fracaso. La clave, una vez más, viene dada por la formulación de un nivel de ambición excesivo. En el Sahel, los franceses mantienen un número insuficiente de fuerzas militares para un territorio inmenso por lo que resulta difícil que puedan contener el problema terrorista en términos manejables y permitir que los países de la región puedan gestionarlo por sí mismos. Lo más probable, es que la misión se vaya haciendo cada vez más compleja y exigente a medida que pasa el tiempo, hasta el punto de que, si no se cambian los términos en que está concebida, termine por convertirse para Francia en una misión imposible.

El despliegue de “botas sobre el terreno” adicionales por parte de la fuerza internacional de Naciones Unidas, la UNISMA, cuya actuación está limitada a la protección de la población civil y del personal de la propia misión sin que esté autorizado a empeñarse en operaciones contra los yihadistas, así como de la misión de entrenamiento de la Unión Europea (EUTM), están demostrando ser insuficientes para estabilizar la situación. De ahí la importancia de lograr un mayor compromiso por parte de los aliados regionales y de los socios de la Unión Europea, imprescindibles para garantizar el éxito de unas operaciones militares que están resultando cada vez más demandantes.

La dificultad de lograr una mayor presencia de los socios europeos, explica la apuesta por la creación de una fuerza para luchar contra el terrorismo en el Sahel integrada por soldados de los cinco países del G5 Sahel (Mauritania, Níger, Chad, Burkina Faso y Mali) que permita aumentar el número de “botas sobre el terreno” hasta un nivel suficiente para mantener a raya a la insurgencia. Se trataría de reproducir, con matices propios, el modelo de la denominada “Fuerza Operativa Conjunta Civil” (CJTF) que opera desde el 2011 en la zona del lago Chad contra los terroristas de Boko Haram, la cual ha demostrado ser una estructura operativa eficiente –principalmente en el Estado nigeriano de Borno–, al combinar su acción con la alianza militar desde finales de 2014, entre los Gobiernos de Nigeria, Chad, Níger y Camerún. El resultado ha sido el declive militar del grupo yihadista.

CONCLUSIÓN

Tras décadas de intervenciones militares desde el final de la 2ª Guerra Mundial, el debate de las “botas sobre el terreno”, sigue estando abierto sin que exista una preferencia clara por la opción de las intervenciones militares, o por la delegación de la responsabilidad de las operaciones en las fuerzas locales. Conceptos como “asimetría”, “guerras híbridas” (Mattis, 2005, pp. 30-32), ciberguerras, si bien no son completamente nuevos y de una forma u otra ya se han empleado en el pasado, muestran que la naturaleza de la guerra no ha cambiado, pero si su forma de hacerla en función de cada contexto. En una época en la que la globalización supone un aumento de la conflictividad, dado la mayor movilidad de los combatientes y el fácil acceso a la

tecnología por los distintos actores estatales y no estatales, cada conflicto exige una solución propia.

Ahora bien, las lecciones aprendidas de los últimos conflictos indican que lo más probable es que se termine adoptando una solución mixta, en la que el volumen de las “botas sobre el terreno” comprometidas por los actores externos vendrá dada por la necesidad de garantizar el éxito en las operaciones. De esta manera, en teatros militarmente poco demandantes, como son los asimétricos o los derivados de las Operaciones de Mantenimiento de la Paz, el nivel de intervención externa será limitado y la responsabilidad de las operaciones recaerá preferiblemente en estructuras de seguridad regionales o locales convenientemente reforzadas externamente en aquellas áreas críticas, como el planeamiento, el adiestramiento, la inteligencia, el mando y control, el apoyo aéreo o el apoyo logístico. En los conflictos más exigentes que presentan una morfología más convencional, las intervenciones externas adquirirán una mayor intensidad. Igualmente ocurrirá en los conflictos que demandan largos periodos de estabilización – post-conflicto–, en los que las potencias externas se verán obligadas a permanecer en el terreno por mucho tiempo y asumir la carga de la reconstrucción.

La guerra como indica Beaufre sigue siendo una “dialéctica de la voluntades” en las que las partes emplean la fuerza para resolver un conflicto (Beaufre, 1965, p.8). Los escenarios actuales nos muestran unos conflictos que se perpetúan en el tiempo y en los que resulta muy difícil lograr la victoria. Ucrania, Iraq, Afganistán y Libia, pero también Siria, Yemen o Somalia han puesto de manifiesto con toda su crudeza los límites del empleo del poder militar como

herramienta para resolver los conflictos en sociedades complicadas y crear en ellas estructuras políticas prosperas y pacíficas.

Habrà, por tanto, que aprender a desplegar, combatir y permanecer en escenarios en los que las victorias decisivas pasan a convertirse muchas veces, en un objetivo tan deseable como improbable, y en los que lograr la paz seguirá requiriendo largos periodos de estabilización y elevados niveles de compromiso. Eso exigirá un mayor realismo en los niveles de ambición y aprender a gestionar los conflictos, de manera que se contengan en unos niveles de violencia que estén dentro del umbral de lo que la sociedad internacional y nuestras propias opiniones públicas están dispuestas a asumir.

En definitiva, la guerra sigue siendo “un acto de fuerza destinado a obligar al enemigo a hacer nuestra voluntad” (Clausewitz, 1999, p. 179), por lo que su naturaleza permanece invariable. Pero lo que sí está cambiando profundamente es la forma y los medios de hacerla en un proceso que, aunque no ha alcanzado todavía su expresión global, está produciendo ya debates de escala hasta ahora no conocidas, así como retos de naturaleza política y militar, a los que habrá que responder. Resolver el debate de las “botas sobre el terreno” con las implicaciones que de él se derivan, forma parte de este proceso en el que los Estados definen los compromisos que están dispuestos a asumir y el coste que están dispuestos a pagar para garantizar su propia seguridad. Se trata de un debate que continúa abierto en el marco de la comunidad internacional y que es preciso cerrar si se quiere evitar que los conflictos actuales, y los que depare el futuro, se conviertan en irresolubles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Anana, K. (1998). *Alianza para una comunidad internacional*, Memoria anual 1998, New York, Estados Unidos.

Arreguín-Toft, I. (2001). *How the Weak Win Wars, A Theory of Asymmetric Conflict*. Rand Corporation. Recuperado de <http://web.stanford.edu/class/polisci211z/2.2/Arreguin-Toft%20IS%202001.pdf>.

Arteaga, F., García Encina, C. (2008). *The Surge: el balance del Plan de Seguridad estadounidense en Irak durante 2007*. (DT). DT N° 2/2007. Real Instituto Elcano. España. Recuperado de http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/web/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/Elcano_es/Zonas_es/DT2-2008

Aznar Fernández-Montesinos, F., Baca Baldomero, E., Lázaro, J. (edit.). (2014). *La guerra contra la violencia*. Madrid, España: Triacastela.

Baldor, L.C. (2016). Q&A: When is a 'boot on the ground' not a 'boot on the ground?'. *Military Times*. Recuperado de <http://www.militarytimes.com/story/military/war-on-is/2016/05/02/syria-iraq-isis-islamic-state-boots-on-the-ground/83832834/>.

Barry, B. (2017). Harsh Lessons: Iraq, Afghanistan and the Changing Character of War. ADEPHI 461. *International Institute of Strategic Studies*. New York. USA: Routledge.

Bazinet, K. (2001). A Fight Vs. Evil, Bush and cabinet tell U.S. *Daily News*. New York. Recuperado de https://web.archive.org/web/20100505200651/http://www.nydailynews.com/archives/news/2001/09/17/2001-09-17_a_fight_vs__evil__bush_and_c.html

BBC News (2015). *How many foreign troops are in Afghanistan?* Recuperado de <http://www.bbc.com/news/world-south-asia-11371138>.

Beaufe, A. (1965). *Introducción a la estrategia*. Madrid, España: Instituto de Estudios Políticos.

Becker, J., Shane, S. (2016). Hillary Clinton, 'Smart Power' and a Dictator's Fall. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2016/02/28/us/politics/hillary-clinton-libya.html>.

Bermejo García, R., Fernández Sánchez, P.A. (Coord.). (1996). *La ONU, 50 Años Después*. Sevilla, España: Universidad de Sevilla.

Bermejo García, R. (1993). *El marco jurídico internacional en materia de uso de la fuerza: ambigüedades y límites*. Madrid, España : Civitas.

Bettati, M., Kouchner, B. (1987). *Le devoir d'ingérence. Peut-on les laisser mourir?* Paris, Francia : Denöel.

Brigitte, N. (2016). *Terrorism and counterterrorism*. New York, USA: Routledge.

Boeke, S. Schuurman, B.W. (2015). Operation 'Serval': A strategic analysis of the French Intervention in Mali. *Journal of Strategic Studies*. Centre for Terrorism and Counterterrorism, Leiden University, The Netherlands. DOI: 10.1080/01402390.2015.1045494.

Bohl, R. (2016). *Why the Free Syrian Army Never Went Anywhere*. *Atlantic Sentinel*. Recuperado de <http://atlanticsentinel.com/2016/03/why-the-free-syrian-army-never-went-anywhere/>

Boyer, P. (2003). General Clark's Battles. The candidate's celebrated-and controversial-military career. *The New Yorker*. Recuperado de <http://www.newyorker.com/magazine/2003/11/17/general-clarks-battles>.

Bourreau, M. (2017). G5 Sahel: vote à l'arraché sur le déploiement d'une force africaine. *Le Monde*. Recuperado de http://www.lemonde.fr/afrique/article/2017/06/21/g5-sahel-l-onu-s-accorde-sur-le-deploiement-d-une-force-africaine_5148922_3212.html#PI8UDEU0p7ZLzLyg.99

Cambanis, T. (2017). Why It Pays to Be the World's Policeman—Literally. *Politico Magazine*. Recuperado de <http://www.politico.com/magazine/story/2017/01/why-it-pays-to-be-the-worlds-policemanliterally-214605>

Cerf, C., Navasky, V. (2008). *Mission Accomplished! Or How We Won the War in Iraq. The experts speak*. New York: Simon&Schuster Paperback. pp.170-181.

Chapman, G. (2003). *An Introduction to the Revolution in Military Affairs.XV Amaldi Conference on Problems in Global Security*. Helsinki, Finland. Recuperado de <http://www.lincci.it/rapporti/amaldi/papers/XV-Chapman.pdf>.

Consejo de las Comunidades Europeas. (1992). Comisión de las Comunidades Europeas. *Tratado la Unión Europea*. Recuperado de https://europa.eu/european-union/sites/europaeu/files/docs/body/treaty_on_european_union_es.pdf

Cooke, J. (2016). *Militancy and the Arc of Instability Violent Extremism in the Sahel*. Center for Strategic & International Studies (CSIS). Recuperado de <https://www.csis.org/analysis/militancy-and-arc-instability>.

Diaz Barrado, C. (1999). *El uso de la fuerza en las relaciones internacionales*. Madrid, España: Ministerio de Defensa.

El País. (2007). *Afganistán sufre el año más violento desde la guerra*. Recuperado de https://elpais.com/diario/2007/12/26/internacional/1198623603_850215.html.

Estado Mayor de la Defensa. *Operación "Resolute Support" – AFGANISTÁN*. Ministerio de Defensa. España. Recuperado de <http://www.emad.mde.es/MOPS/021-Afganistan-RS/>

Fernández Sánchez, A. (1998). *Operaciones de las NN.UU para el Mantenimiento de la Paz*. Vol I. Hueva, España: Universidad de Huelva.

Foust, J. (2012). *Five Lessons We Should Have Learned In Afghanistan*. Strategic Issues in Policy Planning. American security project. Whashington DC. Recuperado de <https://americansecurityproject.org/ASP%20Reports/Ref%200066%20-%20Five%20Lessons%20We%20Should%20Have%20Learnt%20In%20Afghanistan.pdf>

Gaffey, C. (2016). Peacekeeping in Mali: The UN's Most Dangerous Mission. *Newsweek*. Recuperado de <http://europe.newsweek.com/mali-un-mission-northern-mali-conflict-aqim-africa-peacekeeping-468907?rm=eu>

Global Security. (2107). *Operation Enduring Freedom – Afghanistan*. Recuperado de <http://www.globalsecurity.org/military/ops/enduring-freedom.htm>.

Hallams, E. (2010). *The United States and NATO Since 9/11: The Transatlantic Alliance Renewed*. New York, USA: Routledge.

Kagan, R. (2002). Power and Weakness Why the United States and Europe see the world differently. *Policy Review*. Nº113. Recuperado de <http://www.ies.be/files/documents/JMCdepository/Robert%20Kagan%2C%20Power%20and%20Weakness%2C%20Policy%20Review%2C%20No.%20113.pdf>.

Kaplan, R. (2012). *The Revenge of Geography, What the Map Tells Us About Coming Conflicts and the Battle Against Fate*. New York, USA: Random House.

Kalinovsky, A. (2011). *A Long Goodbye: The Soviet Withdrawal from Afghanistan*. Massachusetts, USA: Harvard University Press.

Kamali Dehghan, S. (2015). *Afghan refugees in Iran being sent to fight and die for Assad in Syria*. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/world/2015/nov/05/iran-recruits-afghan-refugees-fight-save-syrias-bashar-al-assad>

Kessler, G. (2013). President Obama and the 'red line' on Syria's chemical weapons. *The Washington Post*. Recuperado de https://www.washingtonpost.com/news/fact-checker/wp/2013/09/06/president-obama-and-the-red-line-on-syrias-chemical-weapons/?utm_term=.fca1ed822196

Lainformacion. com (2015). *Nigeria, Níger, Chad, Camerún y Benín se unen contra Boko Haram*. Recuperado de http://www.lainformacion.com/mundo/nigeria-niger-chad-camerun-y-benin-se-unen-contra-boko-haram_ZcpQyVS5Wa9CRh9SZ9Hau3/.

Lambeth, B. (2005). *Operation Enduring Freedom. An Assessment*. RAND Corporation. Recuperado de <https://>

www.rand.org/pubs/research_briefs/RB9148/index1.html.

La prueba de fuego fue Bosnia-Herzegovina, donde el fracaso de la misión de UNPROFOR desencadenó en base a la Resolución del Consejo de Seguridad 836 (1993) de 4 de Junio el ultimátum y la posterior intervención de la Alianza Atlántica en el primer semestre de 1994. Human Rights Watch (1995). *The Fall of Srebrenica and the Failure of UN Peacekeeping. Bosnia and Herzegovina*. 7(13). Recuperado de <https://www.hrw.org/sites/default/files/reports/bosnia1095web.pdf>.

Larivé, M H.A. (2014). *Welcome to France's New War on Terror in Africa: Operation Barkhane*. *National Interest*. Recuperado de <http://nationalinterest.org/feature/welcome-frances-new-war-terror-africa-operation-barkhane-11029>.

Mañueco, M. (2016). *Rusia lleva 15 meses en Siria probando armas, apuntalando a Assad y con más de 10.000 muertos*. *ABC*. Recuperado de http://www.abc.es/internacional/abci-primer-aniversario-intervencion-rusia-siria-201609302117_noticia.html.

Mattis, J., Hoffman, F. (2005). Future warfare: The rise of hybrid warfare. *U.S. Naval Institute Proceedings*. 132 (11).

Marquina, E. (2016). *Rusia, Irán y Turquía cierran una alianza que aparta a EE.UU*. *La Vanguardia*. Recuperado de <http://www.lavanguardia.com/internacional/20161228/412935303775/rusia-iran-turquia-alianza-siria.html>

Mearsheimer, J. (2001). *The Tragedy of Great Power politics*. New York, USA. W.W. Norton.

Milosevich-Juaristi, M. (2017). *Los intereses de Rusia en Siria y el acuerdo de Astaná*. Instituto de Estrategia. Recuperado de <http://www.institutodeestrategia.com/articulo/internacional/analisis-intereses-rusia-siria-acuerdo-astana/20170605143119001798.html>.

Ministerio de Defensa. *Francés Opération Barkhane*. Recuperada de <http://www.defense.gouv.fr/operations/operations/sahel/dossier-de-presentation-de-l-operation-barkhane/operation-barkhane>.

Münkler, H. (2005). *The new wars paperback*. MA. USA: Polity Press.

Murithi, T. (2009). The African Union's Foray into Peacekeeping: Lessons from the Hybrid Mission in Darfur. *Journal of Peace, Conflict and Development*. Issue 14. Recuperado de www.peacestudiesjournal.org.uk.

Naciones Unidas. Carta de la Naciones Unidas. Artículos 2.4 y 2.3.

NATO (2015). *ISAF's mission in Afghanistan (2001-2014)*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/in/natohq/topics_69366.htm.

Nye, J. (2002). The Paradox of American Power. Why the world's only superpower can't go it alone. *Oxford University Press*. pp.137-170.

Radio France. (2017). *L'opération Serval au Mali est "un succès", mais Barkhane, c'est "Mission impossible"*. *Franceinfo*. Recuperado de http://www.francetvinfo.fr/economie/emploi/metiers/armee-et-securite/l-operation-serval-au-mali-est-un-succes-mais-barkhane-c-est-mission-impossible_2018094.html.

Revue Géoéconomie. (2013). *Que reste-t-il de l'hyperpuissance?Entrevista realizada por Pascal Lorot* (Presidente del Instituto Choiseul y director de la revista Géoéconomie).

Roberts, A. (1999). NATO's "Humanitarian" War over Kosovo. *Survival*. 41: 102-23. International Institute for Strategic Studies. London, UK.

Roggio, B. (2007). *Anbar Rising. FDD's Long War Journal*. Recuperado de http://www.longwarjournal.org/archives/2007/05/anbar_rising.php.

Sanders, R. (2013). The myth of 'shock and awe': why the Iraqi invasion was a disaster. *The Telegraph*. Recuperado de <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/middleeast/iraq/9933587/The-myth-of-shock-and-awe-why-the-Iraqi-invasion-was-a-disaster.html>.

Snow, S. (2017). Syrian Kurds are now armed with sensitive US weaponry, and the Pentagon denies supplying it. *Military Times*. Recuperado de <http://www.militarytimes.com/articles/syrian-kurds-ypg-us-military-weapons>.

The Economist. (2016). *Nigerian vigilantes, The home guard*. Recuperado de <https://www.economist.com/news/middle-east-and-africa/21707958-volunteers-who-helped-beat-back-boko-haram-are-becoming-problem-home>.

The White House. (2002). *The National Security Strategy of the United States of America*. Washington. Recuperado de <http://www.state.gov/documents/organization/63562.pdf>.

The White House. (2002). The National Security Strategy of the United States of America. Recuperado de <https://www.state.gov/documents/organization/63562.pdf>.

The White House. (2007). *The new way forward in Iraq*. Recuperado de www.whitehouse.gov/news/releases/2007/01/20070110-7.html.

The White House. (2015). *National Defense Strategy*. Recuperado de https://obamawhitehouse.archives.gov/sites/default/files/docs/2015_national_security_strategy.pdf

Védrine, H., Moisi, D. (2001). *France in an age of globalization*.

Von Clausewitz, C. (1999). *De la guerra*. Madrid, España: Ministerio de Defensa.

Walt, S.M. (2013). *The REAL reason the U.S. failed in Afghanistan*. *Foreign Policy*. Recuperado de <http://foreignpolicy.com/2013/03/15/the-real-reason-the-u-s-failed-in-afghanistan/>.

Westervelt, (2011). *NATO's Intervention in Libya: A New Model?* *NPR*. Recuperado de <http://www.npr.org/2011/09/12/140292920/natos-intervention-in-libya-a-new-model>.